

LA FÁBRICA DE MI MEMORIA

Hace mucho, mucho tiempo, lo que hoy conocemos como Museo de la ciudad no era más que una humilde huerta con un rudimentario molino de aceite. Su dueño, d. Joaquín Gutiérrez, llevaba esta huerta gracias a la ayuda de dos de sus trabajadores más antiguos, Antonio y su mujer, Águila.



Antonio y Águila, no eran muy mayores pero estaban muy cansados de trabajar día y noche moliendo las aceitunas, "¿cuándo podremos retirarnos a descansar?" se preguntaban.

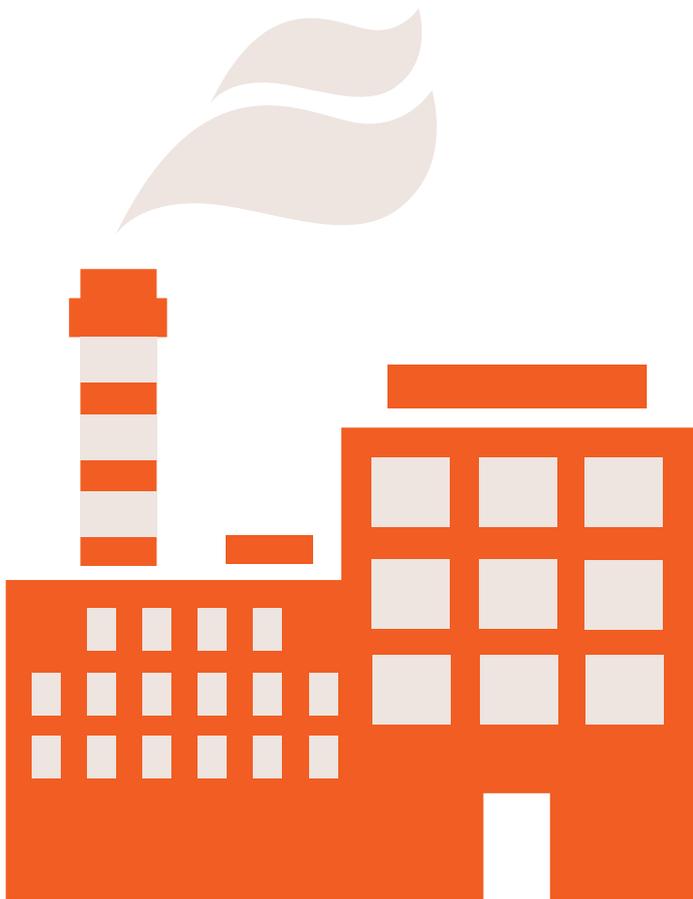


Un buen día, aparecieron por la huerta de improviso dos señores trajeados que venían a traer buenas noticias, una propuesta que ni Antonio ni Águila podrían rechazar.

Cuando se acercaron, el matrimonio reconoció al instante a D. Joaquín Gutiérrez, que en esta ocasión venía acompañado de un nuevo socio, D. Domingo Martí, procedente de Cataluña. Ambos tenían un ambicioso plan y para ello iban a necesitar aquella vieja huerta y la ayuda de los dos mejores empleados que D. Joaquín había tenido nunca. "Queremos montar una empresa que se llamará "Martí y Gutiérrez, Industrias del Olivo" y vosotros nos ayudareis a levantarla, si estáis interesados, claro". Antonio y Águila se quedaron pensativos durante unos segundos pero luego contestaron al unísono "Claro que sí D. Joaquín, cuente con nosotros".



Corrían los primeros años del siglo XX cuando levantaron la primera nave industrial de La Fábrica -donde hoy está el Museo- y con la que podían almacenar hasta un millón de kilos de aceite en sus depósitos subterráneos que recubrirían con losetas catalanas.



Poco a poco, fueron ampliando sus instalaciones para poder albergar a los cientos trabajadores de esta fábrica que crecía día a día. El secreto de su éxito fue dedicarse al refinado de aceite, actividad que hasta la aquella época era muy poco común en Andalucía. Esto se debía a la utilización de un producto llamado sosa cáustica, utilizada para quitarle el amargor a las aceitunas maduras y que era completamente desconocida en España hasta finales del s. XVIII.

Durante años, esta empresa fue modelo de limpieza. La nave de la Refinería estaba forrada de azulejos preciosos, los techos eran de madera de pino de Flandes y brillaban gracias al barniz con los que estaban pintados. Incluso tenían obreros dedicados sólo a la limpieza de la Fábrica, cosa nada común en aquella época. Dieron trabajo a cientos de alcalareños, eran muchas las empresas que sólo querían trabajar con "Martí y Gutiérrez" y todo esto gracias a la inestimable ayuda de Antonio y Águila quienes, con gran ilusión ayudaron a D. Joaquín a conseguir tantos éxitos.

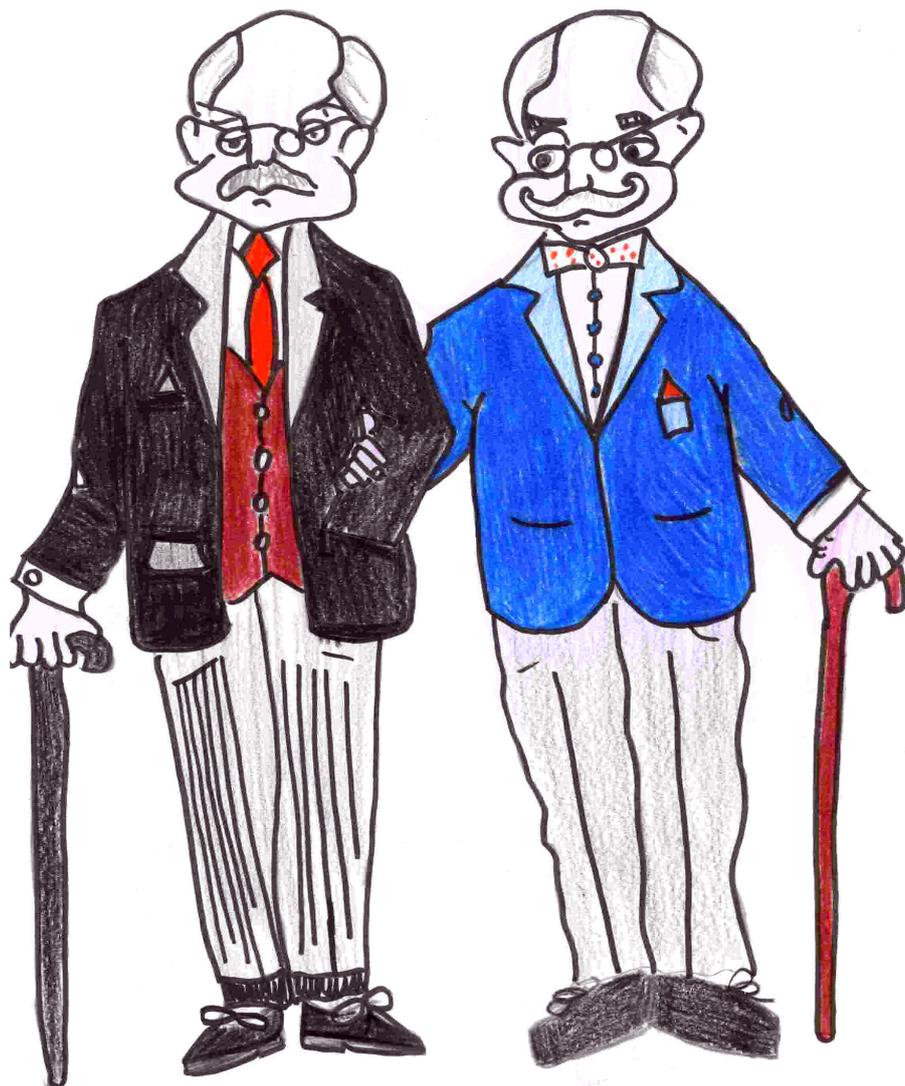


Fue en 1927 cuando decidieron ampliar las actividades llevadas a cabo por La Fábrica y se edificó una nave dedicada a la fabricación de Orujo. Gracias al aceite obtenido por este proceso se dedicaron a fabricar un jabón al que llamaron "Blanco Castilla", "Verde" y "Verde Pinta".

D. Joaquín y D. Domingo estaban tan contentos por su éxito que, al llegar la Navidad, decidieron organizar una gran fiesta y repartir juguetes a todos los hijos de los trabajadores de La Fábrica, fiesta que se convirtió en tradición y que supuso una labor social benéfica inédita para los tiempos que corrían. Colocaron mesas repletas de juguetes y organizaron actividades y juegos con los que, padres e hijos podían competir para conseguir fabulosos premios.



La Fábrica siguió con su impecable funcionamiento durante años hasta que a principio de los años 30, D. Joaquín y Domingo empezaron a sentirse demasiado mayores y se les hacía cada vez más difícil poder estar pendientes de la Fábrica todo el tiempo que era necesario: "Domingo, creo que ha llegado el momento de dar paso a las nuevas generaciones, nos hemos ganado descansar y disfrutar de nuestra fortuna", dijo D. Joaquín. Así que decidieron que lo mejor que podían hacer por su querida fábrica era dejarla a personas más jóvenes, más preparadas y con nuevas ideas capaces de mantener la grandeza de esta fábrica sin problemas.



Pero pasaban los años y la Fábrica pasó por diversos propietarios: José Gastalver, Aceites Guillén, una compañía alemana, etc. Hasta que finalmente se instaló en la Fábrica una firma andaluza capitaneada por el Sr. Herrezuelo que cambió el nombre que hasta la fecha había conservado y pasó a llamarse "Industria Del Olivo Ntra. Sra. De Granada", IDOGRA, nombre con el que se conocerá a esta zona hasta nuestros días.

Cuando IDOGRA cerró sus puertas, todas las instalaciones que años anteriores habían sido testigo de la grandeza de La Fábrica, quedaron abandonadas y sin uso alguno hasta que en 2002 se inauguró lo que hoy conocemos como Parque Centro, donde aún se conservan algunas de las chimeneas y una de las naves de la antigua fábrica. "¿Para qué habrán dejado en pie esta nave?" se preguntaban muchos de los alcalaños que paseaban por el parque. Lo que no sabían es que para esta vieja nave había grandes planes, ¡el primer Museo de la ciudad!



Desde su apertura, el Museo intenta hacer llegar nuestra cultura a todos los alcalareños, especialmente a los niños y en a penas dos años ha recibido la visita de miles de personas.

Estén donde estén, seguro que D. Joaquín, D. Domingo, Antonio, Águila y cada uno de los trabajadores que pasaron por estas instalaciones a lo largo de todos estos años, están orgullosos de ver que su gloriosa Fábrica sigue siendo un referente en la ciudad, eso sí, ya lejos del plano industrial y centrado en la cultura y los niños.

